

entornos utópicos

paola medina
y la ciudad moho



Entornos utópicos es un taller en línea teórico-plástico que busca reconfigurar la forma en la que se entiende y experimenta la ciudad mediante el diálogo, el intercambio de experiencias y breves ejercicios de escritura y dibujo, estudiando los entornos en los que de forma individual nos desenvolvemos cotidianamente; escalando desde los micro hasta los macroentornos, transitando entre lo público y lo privado, la realidad y la fantasía.

Participantes de la primera edición:

- **Fany Rendón** (@fanyrendon.r)
www.fannyrendon.wixsite.com/arte
- **Paola Medina** (@paola.medina.h)
www.paolamedina.net
- **Arq. Victoria González** (@victoria_glezm)
- **Paralelo TDD** (@paralelo_tdd)
- **Colectivo Coyotes** (@colectivocoyotes)
- **Jimena Black** (@blackjimena)
- **Atzell González** (@atzell.gm)

octubre-noviembre, 2020 (obvio)

Nunca me he entendido bien con el espacio,
no sé de donde agarrarlo,
no sé cómo escucharlo y menos hablarle.
El espacio y yo solo sabemos conversar sobre el clima y otras
trivialidades y de inmediato buscamos alguna excusa para huir
con otro interlocutor más agradable.
Al espacio me lo topo en una fiesta y le doy la vuelta;
nos subimos a un elevador y llegamos al piso 7
asfixiados de tanto silencio.

Cuando quiero retratar al espacio, no se deja.
Me pone una mueca rarísima y resultan dibujos torpes
que harían mejor no existiendo.

Este ¿fanzine? es un intento textual por renovar mi relación
con esta... cosa... que hay de aquí (X)

a acá (X), que nos envuelve y nos ordena y nos construye.

Si *escribo* sobre mi casa y mi ciudad,
sobre la burbuja que generamos Atzell, Jimena, Victoria, Fany y
yo al charlar sobre nuestros habitares y desplazamientos...
si *escribo* el entorno,
si traduzco el entorno,
se vuelve más ficción (cuento, poesía, rumor) que otra cosa y
quizá por ahí podría empezar a 'utopizarse'.

Soy buena ligando por escrito, en persona es una tragedia,
quizá si le *escribo* al entorno éste se digne a responder;
a iniciar una conversación, a dejarme considerarlo un amigo
(o algo más),
quizá se sienta lo suficientemente halagado
como para dejarme hacerle preguntas más íntimas.

((((Esta es una serie de
piensos diversos sobre el sitio que
ocupo, por poco desconexos, pero
enlazados a través de los
ejercicios detonantes propuestos por
Colectivo Coyotes y reflexionados
por todos. Pienso que brotaron
del encuentro virtual, verbal e
imaginario de 4 ciudades
y 5 cuerpos.)))))

l a c a s a

Empezamos hablando de la casa, por supuesto, ¿de qué otra cosa podríamos hablar? La casa nos tragó en plena conmoción y nos lleva masticando desde marzo, tomándose su tiempo, desgarrando con las muelas, haciéndonos papilla ... una cosa bastante dramática (por lo menos dramática para mí). Al inicio me preocupaba mucho saber que había a quienes la noticia del encierro les iba y les venía como el cumpleaños de su prima tercera o el Día Nacional del Cartero, ¿que había en la calle o en el otro, antes de este bicho, que les generaba tanta indiferencia?

Antes de marzo yo siempre le hui a la casa, me jactaba de sentir que no tenía una, o que tenía muchas, y que entonces yo podía andar a mis anchas en cualquier rumbo y cualquier ciudad. Imaginarán que cuando llegó el momento de ser tragada puse toda la resistencia que fui capaz: lloré, grité, pataleé y me revolqué en el piso para evitar mi partida del espacio compartido, del afuera. Sentí que me desintegraba, que desaparecía sin el eco de los demás (¿qué había en la casa o en una misma, antes de este bicho, que me generaba tanta indiferencia?).

Después de uno, dos, tres, cinco, siete meses el dramón se fue disipando hasta que ahora solo es lo que es... es un poco triste lo simple que ha sido acostumbrarse. ¿De verdad somos tan flojos y tibios que nos hemos vuelto incapaces de berrinches maratónicos, de berrinches a largo plazo? ¿acaso hemos perdido toda la rabia, toda la chispa, todo el encanto, toda la testarudez? ¿a nuestra corta edad?... ni hablar.

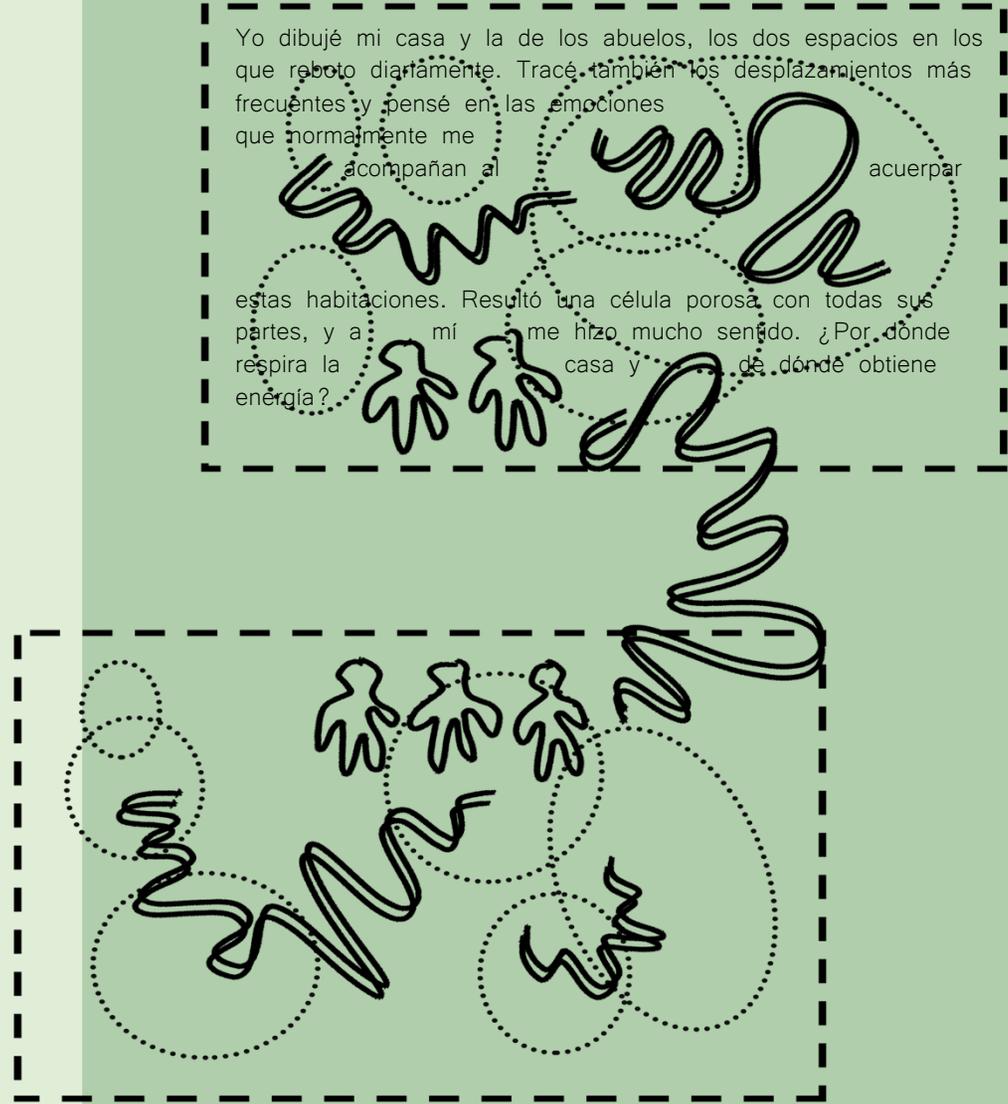
La casa me alcanzó de una vez por todas, me alcanzó y ahora no sé si sabrá soltarme. Antes muerta que hogareña, eso sí. Hogareños son los perros salchichas, la cena de Navidad y los ¿forros?, ¿fundas?, ¿juegos? cubre-tazas de baño que tienen nuestras abuelas. Antes muerta que hogareña. Supongo que parte de este taller fue pensar nuestros espacios desde adentro hacia afuera para irnos armando de valor para recuperar y rehabilitar y repensar la ciudad, se haya solucionado el “asunto” o no. No podemos escondernos para siempre.

dibuja tu casa

Relatamos nuestras cuevas, nuestros refugios y cárceles, nuestras soledades. Hablamos sobre los desfases en esta nueva noción de “casa”, sobre la cercanía, el trabajo, la incomodidad y la espera. Y para seguir alimentando la discusión, nos dedicamos a trazar dichos hogares.

Yo dibujé mi casa y la de los abuelos, los dos espacios en los que reboto diariamente. Tracé también los desplazamientos más frecuentes y pensé en las emociones que normalmente me acompañan al

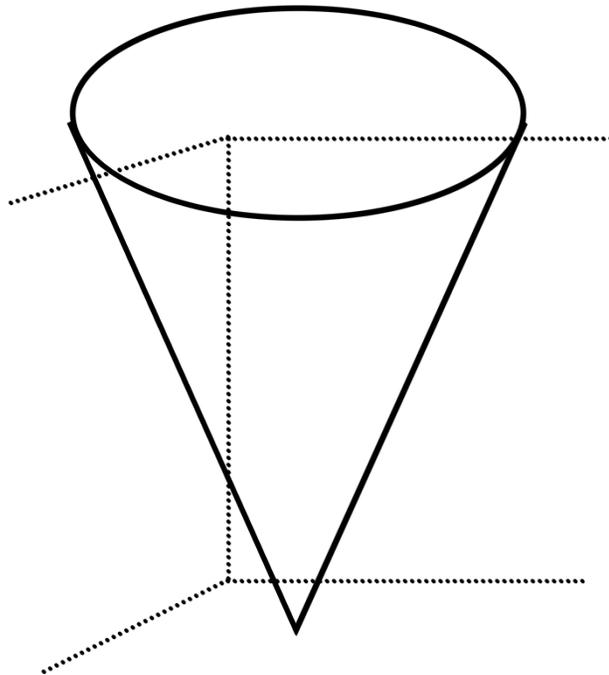
acuerpar estas habitaciones. Resultó una célula porosa con todas sus partes, y a mí me hizo mucho sentido. ¿Por dónde respira la casa y de dónde obtiene energía?



¿qué cambiarías de tu casa?

Después de trazar nuestras áreas de juego de los últimos cientos de días, nos propusimos pensar en las cosas que modificaríamos de ellas, yendo de lo más simple - un jardín, un espacio de estudio, mejor ventilación - a lo más complejo - un quinto piso, paredes móviles, espacios que cambien el color de la luz -. Vimos algunas imágenes de artistas y arquitectos y yo me morí de amor al recordar a Matta Clark (a estas alturas, no hay nada que necesite más que una experiencia catártica y explosiva como partir mi casa en dos o hacerle un hoyo por el centro).

Luego de darle un par de vueltas, me parece que mi lista de ediciones arquitectónicas quedaría de la siguiente manera:



1. Mi habitación tendría unas escaleras de caracol que llevarían a un gran estudio con pisos de madera y paredes de espejo (los fines de semana se podría rentar como escuela de ballet).
2. Habría un elevador que subiría desde la cochera hasta el segundo piso para que los abuelos no tuvieran que padecer con los escalones (pero tampoco hasta el quinto para que no les dé por ir a espiar el estudio-ballet, ya los conozco).
3. Viviríamos minimalistas como los japoneses. Nada de colchas y toallas elegantes, nada de libros de la primaria, nada de la guitarra que nadie aprendió a tocar. (Does it spark joy? IT DOES NOT).
4. En momentos de crisis la casa crecería patitas y saldría disparada en un sprint hacia la montaña, o hacia el mar. Iría por encima de toda la ciudad y al llegar a su destino se sentaría plácidamente a observarlo todo.
5. Tendríamos -por lo menos- un cuarto para visitas, para emergencias, para amigos. Me entristece que ya no se acostumbre (o más bien, que ya no sea posible) tener hogar extra para quien lo necesite.
6. Urgentemente: una pared amarilla a la que le dé el Sol.

Disfruto mucho que me lancen preguntas al aire que puedan permanecer en los sueños, en nuestros planes de porvenir, en nuestra idea de lo común, del bienestar. Provocaciones al espacio, picar al entono con un palito hasta volverlo loco y obligarlo a ceder. ¿Cómo tendrían que ser nuestras guaridas si realmente nos importara el bien vivir?

Si lo pienso demasiado se vuelve evidente que a la casa habría que cambiarla toda, pero por ahora no estoy para desglosar este argumento del que estoy tan profundamente segura. Así que dejémoslo, mientras consigo enamorar o estallar al espacio, en paredes amarillas y cuartos de huéspedes.

e l b a r r i o

Al concluir con la casa pasamos al barrio, a la zona inmediata fuera de nuestro hogar. Charlamos sobre los diferentes nombres que puede tener esta zona y a qué corresponden dichas diferencias. Concluimos que más allá de las “colonias” y los “vecindarios”, el “barrio” es un término afectivo: de cuerpos en relación, de cuerpos afines más allá de la espacialidad. En un barrio habría redes de apoyo y de intercambio, habría compromiso, cariño e historias.

¿Cómo es la convivencia con tus vecinos? ¿consideras que tu zona es segura y por qué? ¿cuáles son los personajes de tu barrio? ¿qué papel juegas tú?

Yo no vivo en un barrio, vivo en un fraccionamiento, un fraccionamiento en toda forma. Vivo con mi familia en la zona residencial de mi ciudad (Xalapa, Veracruz... ¿ya les había dicho que vivo en Xalapa, en la ciudad moho?) en una sección bardeada, con áreas verdes y casetas de seguridad. Lo cierto es que esta zona cada vez está más habitada por familias de clase media como la mía, que decidieron endeudarse un mucho para construir lejos del barullo. Nuevos residenciales, cada vez más apartados, se erigen sin parar para albergar a las familias ricas a quienes esta zona solía pertenecer. Llega la chusma y corren despavoridos.

Pero mantengámonos breves: vivo en un fraccionamiento. Las familias son amables, pero no hablamos mucho entre nosotras, no nos conocemos en realidad. Seremos unas 70 casas con familias anónimas que tienen perros, niños y buenos valores. Entonces:

- *¿Convivencia con los vecinos?* De poca a nula.
- *¿Es segura la zona?* Sí, tenemos vigilantes que nos “cuidan” de todos los peligros del exterior, que hacen registrarse a todos los albañiles, los jardineros y a las trabajadoras del hogar. Vigilantes que la administración cambia a cada rato, lo que me hace suponer que es un trabajo espantoso. La zona es segura, ¿a costa de qué? bueno, es evidente a costa de quienes*.

- *¿Cuáles son los personajes?* Están las señoras que venden por catálogo, la que hace rompopé, la que se queja del ruido y la que decora tanto su casa en Navidad que no me quiero ni imaginar el recibo de la luz; está el que no paga sus cuotas, el del hermoso perro husky, el niño que nunca hemos visto con sus padres, solo con la niñera; está el señor que seguro es político o narcotraficante porque anda por todos lados con tres o cuatro camionetas llenas de hombres en guayabera y lentes oscuros. En mi casa bromeamos que mi hermano, que está cubierto de tatuajes, debe ser el vándalo punk que pasea a la pitbull que a todo le ladra. Los personajes surgen de la fugaz interacción en las áreas comunes y, sobre todo, de la intensa circulación de habladurías y especulaciones.

- *¿Qué papel juegas tú?* La que se quita los zapatos para leer en el parque, la que sale a correr un día sí y 27 días no, la hermana del vándalo... ve tú a saber.

la junta vecinal

Tras charlar sobre las peripecias de nuestras colonias, el ejercicio consistió en pensar los temas que nos gustaría tratar en una hipotética junta vecinal: *¿qué es lo que nos preocupa de nuestra comunidad?*. Teniendo en cuenta mi particular condición de vivienda, en los nada interesantes suburbios de la provincia nublada, pensé en asuntos básicos muy básicos:

1. Situación y condiciones laborales de los vigilantes.
2. Uso de las áreas verdes para huertos y compostaje.
3. Gestión de un directorio de bienes y servicios que ofrecen los residentes de la zona (médicos, cocineros, abogados, vendedores, etc.) con el objetivo de generar economías circulares.

Todes coincidimos que la preocupación principal es recuperar la colectividad en nuestros no-barrios. Si algo nos ha enseñado la crisis es que las redes de apoyo y de consumo local son lo que nos seguirá sosteniendo. ¿Qué vamos a hacer para migrar a lo común y ampliar y desparramar nuestras prácticas de cuidado?

Es abrumador e inimaginable lo mucho que falta por transformar. En las zonas residenciales no florece nada mas que la privatización de los espacios de vida, de diálogo, de conocimiento, de disfrute. Hablar de “hacer común” en el fraccionamiento *_Real del Bosque_* es como hacer un cultivo en una caja Petri blanqueada y sanitizada de todo ‘lo otro’ (para nuestra máxima comodidad) y alegar que dichos resultados de laboratorio podrían replicarse tal cual en su propia casa y que, además, no le harán daño a nadie, alegar que son inofensivos. No solo es absurdo sino violentamente despolitizante.

Se hace lo que se puede con la familia y los recursos de los que yo aún no tomo decisiones. No quiero decir que las redes (aún en espacios como el mío) no son fundamentales, pero no puedo evitar sentirme ridícula al decirlo en voz alta o al escribirlo para ustedes. No voy a negarle apoyo ni ternura a mis excéntricas vecinas de rubias y peinadas cabelleras, sus problemas y dolores han de tener como los tengo yo, pero evidentemente tampoco estoy para decir que estas alianzas tienen potencial revolucionario.

un cartel para estar ¿juntas?

A partir de las inquietudes que compartimos en la ‘junta vecinal’, nos planteamos la realización de un cartel que invitara a les vecines a ser parte de alguna de nuestras propuestas. Yo propuse una actividad que podría aportar mínimamente a que las relaciones de poder no sigan acentuándose y los abusos perpetuándose, pero enfatizo: *mínimamente*.

Estructuras de vivienda como los fraccionamientos son la materialización arquitectónica de las profundas condiciones de desigualdad que ordenan nuestras ciudades. Los fraccionamientos y las familias que los habitan no se sostienen solas: “necesitan” de vigilantes, niñeras, guaruras, jardineros, choferes y trabajadoras del hogar. Trabajadores generalmente precarizados son la base humana que hacen que fraccionamientos como el mío se mantengan “seguros” y relucientes. Hay una red totalmente invisibilizada de cuerpos que no se consideran parte de la “comunidad” ni reciben ningún beneficio real de ella.



Este tema es tan amplio como grave y yo, profundamente ignorante respecto a todas sus implicaciones, así que para fines de este texto no rascaré más. Al hablar del escurridizo espacio de vivienda, de la casa y la ciudad, tampoco son cosas que pueden dejarse pasar. Una propuesta de utopía que decide no enterarse de dónde parte está destinada al fracaso y a seguirse tropezando con las mismas piedras.

A partir de la crisis pandémica, les vecines han gestionado pequeñas redes de intercambio que me dan una diminuta esperanza de que el espacio que habito pueda ser un poco menos estéril. Si este acontecimiento puso a un montón de familias de clase media-alta a regresar al planeta, a procurar la vulnerabilidad de los demás, a percibir un sentido de urgencia... es que fue un soberano acontecimiento. A veces me aterra sentir que la quemazón de la urgencia se está empezando a disipar. Es noviembre ya, ¿cuánto puede durar un susto?

l a c i u d a d

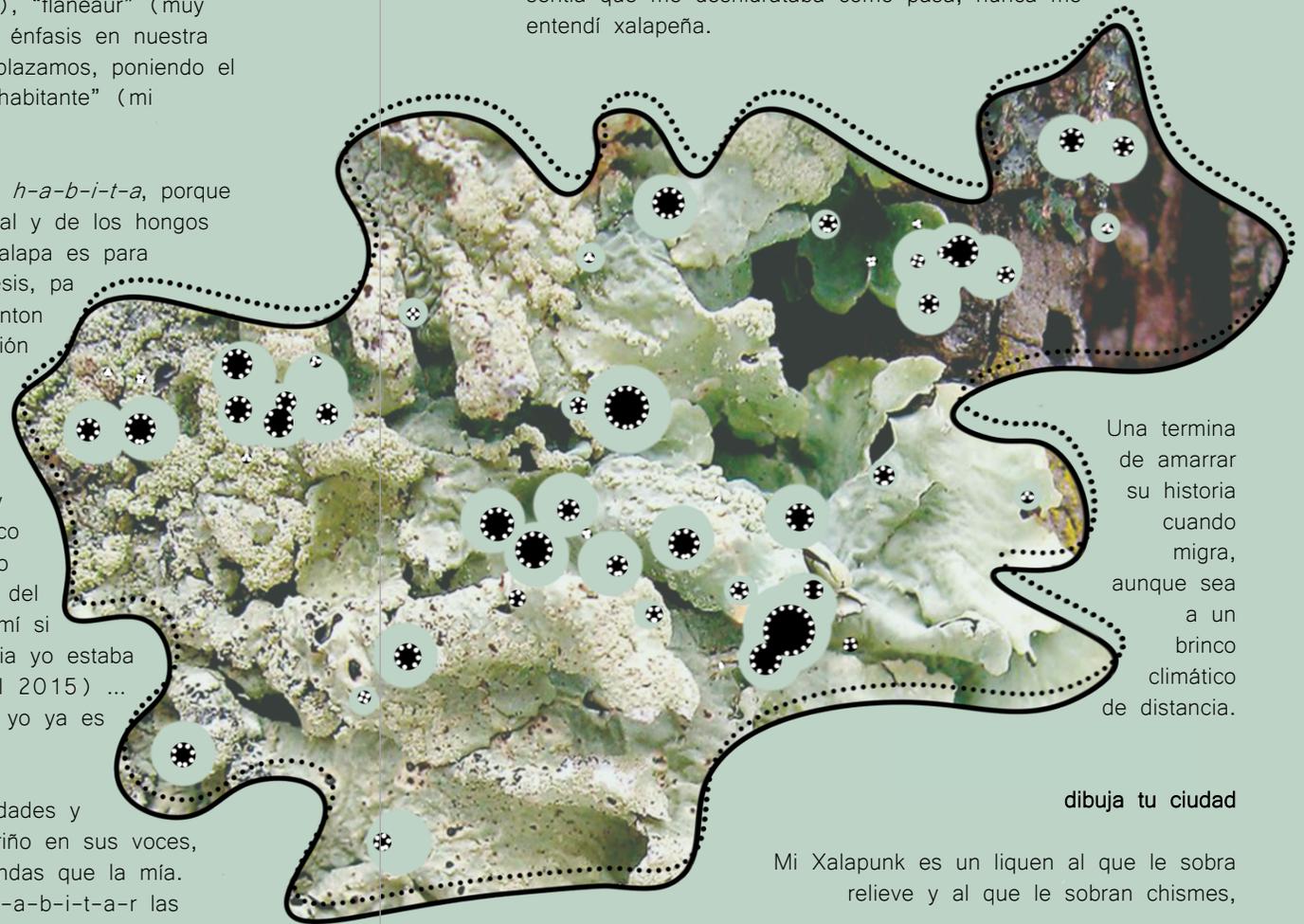
Dimos el brinco a la ciudad. Atzell y Victoria nos hablaron de su Zacatecas, Jimena de su Aguascalientes, Fany de su Veracruz y yo de mi ciudad-moho, ciudad-neblina, ciudad de las flores. *¿Cómo nombrarías a ese alguien que hace uso de la ciudad?* Surgieron palabras como “ciudadano” (que me choca por moralino, occidental y obediente), “flaneur” (muy europeo), “usuario” (muy Atzell, poniendo énfasis en nuestra agencia sobre el territorio en que nos desplazamos, poniendo el peso en lo que el residente *hace*) y “habitante” (mi favorita).

Me decido por habitante porque Xalapa se *h-a-b-i-t-a*, porque es la ciudad de la humedad lenta pero letal y de los hongos que le crecen a todo sin pedir permiso. Xalapa es para sentarse a contemplar, para hacer fotosíntesis, para morar. Me entiendo como habitante y entonces asumo esa actitud fúngica de destrucción a laaaaaaargo plazo, de resistencia paciente; capacidad de ser plaga, de infestar, de hacerse sitio sin hacer un solo ruido. Quedito nos metimos a tu casa y ahora hay que arreglar la madera y las paredes y tirar las botas de cuero y el pan que se compró apenas hace unos días. Habito habito habito mi ciudad mo-ho desde el calorcito del cubre bocas y me pregunto que sería de mí si me hubiera quedado (antes de la pandemia yo estaba viviendo en las polvosas Cholulas desde el 2015) ... este texto nunca hubiera sucedido y quizá yo ya estaría totalmente color bosque.

Escucho a mis amigos hablar de sus ciudades y aunque me entusiasma visitarlas por el cariño en sus voces, ninguno me convence de que sean más lindas que la mía. Tendrían que venir, tendrían que venir a *h-a-b-i-t-a-r* las alergias y los provincianos con delirios de grandeza y el lago verde y el cafecito y las empedradas. Que igual no es la gran cosa, ¡quién me viera defendiéndola y haciéndole el comercial! Algo ha pasado en estos meses que Xalapa se está

reintegrando a mi sistema, a mis pulmones... y no pienso esforzarme en poner resistencia, no hay cómo.

“Manantial en la arena”, ha sido para mí un refugio de procesos lentos, acogedores y dolorosos; ha sido el escenario de una cantidad incontable de lloridos que no significué hasta que me fui. Hasta que llegué a la Puebla volcánica donde yo sentía que me deshidrataba como pasa, nunca me entendí xalapeña.



Una termina de amarrar su historia cuando migra, aunque sea a un brinco climático de distancia.

dibuja tu ciudad

Mi Xalapunk es un líquen al que le sobra relieve y al que le sobran chismes,

((*¿Sabían que Gabriel Orozco también es de acá? Perdón, pero no se le nota. Sin duda, nuestra mejor representante es Natalia Lafourcade y ni siquiera es de acá, sino de Coatepec. Es que DE VERDAD es una tragedia tras otra.*)))

l a u t o p í a

Aquí es cuando ya todo se me termina de cuatrapear.

La propuesta de este taller era encaminar líneas de pensamiento hacia liberar la imaginación sobre nuestros sitios y lugares. Por lo tanto, en la última sesión, Atzell y Jime nos compartieron una presentación breve sobre formas muy concretas en que distintas organizaciones internacionales proponían empujar nuestras ciudades a algo remotamente cercano a una utopía. “*Urbes inclusivas, seguras, resilientes, sustentables...*” éstas son algunas de las metas de la llamada agenda urbana.

Nunca me ha gustado ser la persona rezongona de la discusión, pero la verdad es que yo no logro entender cómo se piensa comenzar. No veo, en mi experiencia, cómo se logran estas metas sin despojos y atropellos a los habitantes, sin caer en los mismos ejercicios atroces que exige el desarrollo... ¿cómo y a pesar de qué es que se llega a la llamada “utopía” según estas organizaciones? Quizá es solo mi total desconocimiento sobre estos temas, pero me frustra la falta de imaginación política que siempre percibo en estas agendas, como queriendo cambiar todo sin cambiar nada... sin alterar los cimientos (de la colonialidad, del capitalismo, del patriarcado, del capacitismo, del racismo, del ecocidio, ETCÉTERA) que se hicieron mal desde el principio.

Que, a ver, esto no significa que haya que pararnos en seco sin mover un dedo, o peor, seguir haciendo todo igual hasta que estalle la revolución disidente y podamos vivir, como en todas nuestras verdaderas utopías: en paz, equilibrio y dignidad. Hombre, si hay que hacer *mañana* un edificio en la ciudad Sí por favor Sí cuidemos que sea accesible para las diversidades funcionales; si estamos pensando en un proyecto de espacio cultural Sí POR FAVOR Sí planeémoslo en las periferias y preguntemos PRIMERO a la comunidad qué tipo de espacio les gustaría tener. Sí mejoremos el transporte público, Sí protejamos nuestras áreas verdes de la urbanización voraz, Sí escuchemos y acuerpemos a los pueblos indígenas sobre las infinitas violencias que implican los macroproyectos en sus

territorios, Sí analicemos el espacio público desde una mirada feminista, Sí consumamos local, Sí usemos y pidamos más y más kilómetros de ciclovía, Sí, Sí, Sí a todo ello.

Sin embargo, no nos podemos permitir dejar de imaginar radicalmente, de hacer preguntas que lo desmoronen todo desde abajo, de atrevernos a admitir que en realidad sí hay que pensarlo todo, TODO, otra vez... que sí, por mucho que nos pese, hay que destruir la casa como Matta Clark. Desconfiemos de las utopías institucionales SIEMPRE. Desconfiemos de quien nos da, con viñetas, misión, visión y palabras clave, la agenda del Plan Del Futuro. Nunca aceptemos la propuesta de un porvenir que no tiene rostro sino siglas. ¿La agenda urbana de quién y para quién?, ¿las ciudades y los fraccionamientos se buscan seguros y libres de quiénes?, se habla sin parar de la importancia de la inclusión, pero de nada sirve si las posiciones de QUIÉN incluye y QUIÉN es incluido no se desplazan. Las respuestas no deberían ser tan fáciles, no deberían caber en esta tontería de texto.



Con todo y mi torpeza espacial, sí estoy convencida de que al espacio lo forma las relaciones y no al revés. No creo que el espacio esté *dado* nunca. Para empezar a imaginar la utopía quizá habría que pensar primero en las relaciones. Partiendo del encuentro de los cuerpos y de allí hacia afuera (¡justo! desde nuestra familia, desde los vecinos, desde nuestra propia piel). Quizá este taller tuvo que haber empezado analizando una escala mucho más pequeña que la casa... quizá tuvimos que haber empezado a hablar sobre la arquitectura y la dimensión política del espacio que hay entre las paredes de nuestra habitación.

encaminar la ciudad a la utopía

Cuando Jime y Atzell nos preguntaron cómo encaminaríamos nuestra ciudad a una utopía, no supe que responder. No sabía que tan atrás irme... ¿invertir en construir una traza urbana accesible?, ¿descentralizar la ciudad?, ¿garantizar el derecho a la vivienda?, ¿la pugna por el ingreso básico universal?, *(léase a máxima velocidad:)* ¿el total desmantelamiento de las ciudades por ser entornos destinados al colapso, diametralmente opuestos de cualquier utopía que pretenda una vida digna para “todes”? Es que les dije que hay mucho material para cuatrarse... y yo estoy convencida de la importancia de las resistencias a largo plazo, de estar en desacuerdo con casi todo.

Afortunadamente creo que nadie salió con su utopía del todo resuelta; es necesario que las discusiones nos quiten las certezas y que más bien nos animen a disentir. Agradezco mucho a mis amigos por compartir conmigo sus ciudades y sus hogares, sus preocupaciones, anécdotas, búsquedas y deseos. Gracias por invitarme a pensar juntas qué estamos haciendo con esta cosa tan incomprensible para mí que llamamos _espacio_, cuestionándonos qué papel estamos decidiendo jugar y qué cosas estamos también aceptando por el simple hecho de no ponerle peros ni hacerle preguntas.

¿Cómo encaminarías tu ciudad a una utopía?

Ni la más remota idea.

Por ahora solo me quedo con la imagen y la sensación del entorno utópico húmedo, fúngico y lluvioso que me proponen los rincones más pequeños de la ciudad-moho, me quedo con sus postales y sus ecosistemas que crecen en cada esquina. Si es posible una utopía seguramente se parecerá al potentísimo mundo relacional de los diminutos organismos verdes y azulosos, eso ya lo sabemos. Me quedo con la insistencia con la que este territorio reclama vida en todo lo que toca, a pesar de que haya tanta gente queriendo evitarlo... construyéndole por encima y por debajo, fracasando irremediabilmente en detener su germinar. Desde aquí me planto para seguir pensando y traduciendo mi alrededor en palabras que den tantito rumbo.

Me siento a ver la calle desde mi balcón, repasando en la cabeza las experiencias de los últimos meses y los últimos años y las últimas vidas. Ha sido tan extraño volver a habitar esta casa cinco años después de haberla dejado por tantas otras. La ciudad me recibió de vuelta como si nada hubiera pasado entre las dos, como si solo hubiera salido de paseo por un par de horas; no me hizo preguntas, no me pidió pruebas ni mucho menos algo a cambio. Sentada en este balcón me inundan de pronto las emociones adolescentes que aquí mismo conocí y que ahora recupero con el doble de fuerza, dándoles el lugar que en su momento no supe darles. Me inunda una rabia renovada y un montón de nuevos dolores que no sabía que tenía, pero llega también un respiro de esperanza, por mucho que últimamente insista en esconderse de mí. Desde este balcón me doy chance de hacer las paces con el espacio y con quien soy yo en relación a él, por fin permitiéndome coquetearle con el cuerpo.

Me planto en la casa azul,
en el hastío de los suburbios,
en la ciudad llorona
y en la utopía imposible.

